Cartas que serán leídas en la

Universidad Pedagógica Nacional, el día

15 de febrero de 2018, a las

6:00 pm

León, Guanajuato.

Querido hijo:

Llevo rato mirando fijamente al papel. He roto una cantidad exagerada de hojas, tachando otras más. Yo, tu madre, por primera vez no sé qué decirte. Podrá causarte risa, lo sé, pero esta vez tengo miedo de mis propias palabras, de lo que puedan generar en ti. Creo que desde que tomaste la decisión de hacer tu residencia en el cielo, no he podido hablarte, las palabras no me salen y hoy es un intento de comunicarme contigo. Si se me permite, lo haré como lo hacía cuando estabas aquí.

Los días han sido difíciles, estar sin ti es vivir con la mitad del aire. El ritmo de mi corazón es lento, cansando; se había acostumbrado a latir al ritmo de tu voz, de tu risa, pero no te preocupes, tu hermano me presta su corazón, que late tan fuerte como tu voz y tu risa. Hace poco me animé a mirar de nuevo al cielo; te busqué entre las estrellas; no sé, tal vez ellas te han visto; pero son discretas, disminuyeron su brillo; solo una tuvo pena de mí, confirmó que tú has estado con ellas; te acusó, me dijo que juegas y las desordenas.

Tienes que contarme ¿es un conejo lo que tiene la Luna o es el hombre en cuclillas y plumas en la cabeza? también deberás decirme si el cielo es tan azul por la noche, o es negro. Busco tu rastro entre las nubes; yo sé que caminas entre ellas, estoy segura de que ese corazón que apareció en el cielo, lo formaste tú, pues solo a ti te sale un lado más grande que el otro. Te imagino asomándote entre las nubes, tal vez detrás del Sol, con tus ojos enormes, estoy segura que ahora brillan mucho más. Hijo, solo un favor debo pedirte, cuando sea el tiempo de ir contigo, asegúrate de venir por mí, para dejar bien marcado el camino. Ese día no juegues con las nubes, ese día deja tu huella impresa en ellas para que pueda seguirla; y si es de noche, deja que la luna ilumine mi camino. Te llamaré y espero que el viento lleve mi voz hasta donde estés.

Debo despedirme, aun no sé quién llevara esta carta hasta ti. Sospecho que será el viento; ha entrado por la ventana, me arrebató el papel en el que te escribo; lo hizo ya dos veces, teme no aprender cada palabra que digo. Descansa.

Tu madre.

(Maricruz González Porras)

Tlaxcala, México.

Hace tiempo que se me apagó el cielo en silencio. Con la ceguera de las trivialidades y el cansancio del acumulamiento; el llanto llena gota a gota los ojos hasta que opaca al sol de los rostros, quizá por eso decimos que se nos nublan los ojos. Después ya no es necesario volver la mirada al cielo, sólo te concentras en el escenario fijo de tu faena. Sólo levantas la cabeza y las manos buscando un consuelo. No sólo “hemos olvidado”, sino que seguimos haciéndolo.

El espíritu requiere de mirar el sol de mediodía y de enseñarnos a flotar en las nubes, señalando al ave o al piloto. Lo cierto es que ya no es tan necesario cuando atiendes al cliente, cosa que te ocupa todo el día, ya no es necesario cuando corriges a tu hijo, cosa que te gasta la energía. Cosa innecesaria ya es el espíritu, cosa innecesaria es el grito que llevamos dentro.

¿Cómo he olvidado yo? El cielo es el faro de la existencia misma, pregúntale al astrónomo cómo su niño interno le cuestiona incasablemente -¿Cómo se llama esa estrella? ¿Y esa otra? ¿Qué hay más lejos y más allá?- Pregúntale a los antiguos porqué estudiaron el manto estelar. Pregúntale a tu padre el nombre de alguna constelación, que así es como he conocido a mi compañero Orión, ese guerrero incansable que me ha prestado su fuerza mil veces. Pregúntale a un astronauta qué lo impulsa a dejar su hogar, a un poeta ¿cómo se atreve a comparar a su amante con la luna? Mira a los eternos manifestantes de fe clavando sus ojos al cielo por cientos de generaciones. Mira a las ballenas y a las aves usando las estrellas de mapa, mira a los capitanes navegando para alcanzar una de ellas. Mira el brillo de un docente cuando un niño termina por deducir que nuestro sol también es una estrella -¿Cómo una de esas luciérnagas puede calentar a millones de seres vivos en el planeta y cómo continuamos anclados al pasado?

Observa cómo el cielo reta a ingenieros y visionarios para crear impactantes tecnologías, cómo el sol vuelve a dar esperanza a un futuro más llevadero. Cómo la luna sigue siendo cómplice para la seducción de las mujeres más amadas y de las que no, también. Observa cómo Dios, o el mismo universo, nos regala una obra de arte cada atardecer. Sólo continúa mirando…

Jonathan Iván Vázquez Flores

Zapopan, Jalisco.

Estimada M… o N (perdóname, el tiempo se ha ido llevando tu nombre al olvido):

La noche que la luna cayó del cielo, pocos lo notaron. Increíble, ¿no crees? Sé, porque me lo han dicho, que has estado muy ocupada deshilachando cada caricia que alguna vez te enredé en la cabeza y no me sorprendería que, por esta inconveniente distracción, también seas de esas que todavía cree que la negrura del cielo nocturno se debe a un eclipse cualquiera.

Esta contingencia cósmica destruyó el jardín de mi casa; es terrible. El manzano que alguna vez plantamos y que tanto te gustaba, quedó hecho pomada debajo del astro. Aun así, una cosa es tener a la luna atorada en el patio y otra, a las estrellas yendo y viniendo por toda mi casa como si a mí no me faltara el sueño. Imagínate, ayer tuve que dormir debajo de mi cama. Y justo ahí volví a pensar en ti. Antes, todo el tiempo pensaba en ti; miraba al cielo y todo se detenía, veía brillar todos los lunares de tu cuerpo acomodados en las constelaciones y, a veces, a uno que otro volando como estrella fugaz. Por eso me gustaba tanto la profundidad de la noche. Nunca te lo dije, pero siempre que me acuesto frente al manto estelar, pienso en tu espalda. Me imagino que antes de caer a la tierra dormías en un lecho de estrellas y eso te dejó marcada.

Te confieso que últimamente es insoportable recordar que la distancia de tu amor iba de aquí a la luna. Imagínate la amargura que me carga al cruzar mi puerta y saber que ahora tu amor mide menos de un metro. No creas que no he buscado ayuda, pero sólo he recibido excusas, pretextos, silencios que me recuerdan que ahora hasta el amor se hace con cobardía. Sólo contigo podría poner fin a esta maldición que el universo escupió sobre mi cabeza. Ven, te invito a tomar un té. Sentémonos a pensar como lo hacíamos: tú con la cabeza fría y yo con el corazón caliente. Tomémonos un tiempo del tiempo y arreglemos con cuidado este caos, sin prisa, como te gusta la vida. Ven, te invito a contemplar la luna desde mi balcón y te reto a iniciar una nueva conversación escuchando, primero, tu nombre de nuevo…

Sin poner punto final, estaré esperando cada noche tu respuesta. Atentamente “O”.

(Ximena Escobedo Fragoso)

Región de Valparaiso, Chile.

Carta a mamá María

Ya lo sabes, te diviso desde el patio de mi casa, alzo mis ojos al ancho cielo nocturno, y me inmerso en un torrente de estrellas. En una de ellas, chiquita, tímida, te descubro, mamá María; tu titilar suave, tu desplazar casi escondido, te delatan.

Desde allí, instalada en el tumulto de estrellas que vigilan el universo, velas por nosotros, tus hijos, tus nietos, tu familia.

Mamá María, ¿cuántas veces soñaste con que te dijera: “Te amo, Mamá”?

Aún recuerdo con nitidez aquella mañana en Mejillones, y tus palabras que me azotaron sin piedad: me confesaste que tú eras mi madre.

A los cuarenta años lo supe y todo se trastrocó, el universo se vistió de colores depresivos. Tú siempre fuiste mi tía, mi tía María…hasta esa mañana en que me narraste el secreto. Tendrían que pasar otros cuarenta años desde entonces, sumido en mi propio laberinto, para lograr el simple cambio de una palabra: tía por mamá.

Se terminaba octubre, salí al patio, miré al cielo y sentí un estremecimiento; supe que debía viajar al norte, a Mejillones, para vivir el mes de tu agonía.

Y allí estaba, compartiendo el dolor, acompañándote en la travesía final. Te susurré miles y miles de “te amo, Mamá”, aquello que tanto anhelabas beber.

Allí, en esas horas dolorosas, comprendí tu historia de amor que es mi propia historia. Delirabas, hablabas con tu padre y le implorabas que no te dejara sola, que no te abandonara; eras una niña, pero tuviste que irte de tu hogar llevándome en tu vientre, fruto de un amor clandestino.

Así, mamá María, te arrojaste a las fauces de una vida dura y cruel, pero resguardaste mi nacimiento oculto en esos secretos de familias.

Ahora, miro al cielo, todo estrellado, te ubico, te digo: “Te amo, Mamá”; y me digo que los caminos del amor son misteriosos; titilas, brillas y te reitero hasta el infinito: Te amo, Mamá.

(Lautaro Ramos Guerra)

Pachuca de Soto, Hidalgo a 21 de noviembre de 2016

Amado mío: Rogelio:

Sé que, al momento de leer esta carta, ya no estaré presente. Necesito decirte los motivos por los que decido irme.

¿Recuerdas cuando te vi por vez primera entre un montón de gente? Llevabas verde y no dejabas de verme. Ahora que miro al cielo regreso al pasado, cuando contamos cada una las estrellas y me enseñaste que nuestro amor es infinito como el universo.

Te dediqué mis versos y tú me llenaste de besos, sin duda un dúo perfecto; juramos amarnos siempre, pero nos duró tan poco pues nos ha separado la muerte; Estoy escribiendo en nuestro rincón, con la luna de testigo. Sé que no te gustaba que llorara y, perdón por no ser lo suficientemente fuerte, soy tan débil cuando no estoy contigo. Amor, ahora que miro al cielo, no puedo contener el pensar si lo que hago está bien o mal.

Con tu preocupación por mis dolores de cabeza y tus lágrimas cuando no me puedo levantar, reflexioné que no quiero esto para ti. Ahora que no estoy, te confieso: el doctor me confirmó, no hay vuelta atrás, dijo: “Tumor cerebral” y poco tiempo en este mundo puedo estar. Cuando hicimos el amor por primera vez llenaste el lugar de velas y flores. En ese momento lloré de felicidad, charlamos hasta las tres, estaba tan nerviosa y desvestiste mi piel. Eso nunca lo olvidaré, hasta mi último suspiro, te amaré. Hace unas horas te colgué, llamaste al darte cuenta de que me había marchado. Te grité que no me buscaras y te dije un “no te amo” forzado. No quisiste creerme; entonces mentí: que fui infiel y te eché en cara que siempre estuvieses trabajando.

Te amo demasiado, lo nuestro es eterno, espero lo tengas claro, viaja y realiza todos tus planes; visita el mar. Ahora que miro al cielo, pienso que lo lograrás, conoce personas, vuélvete a enamorar y vive con la familia que soñaste.

Me despido, estas son las ultimas letras que escribiré para ti, ya no sabrás más de mí, quiero que cuando mires las estrellas, sepas que estoy en una de ellas, viéndote sonreír, observando lo lejos que llegas.

ATENTAMENTE:

Tu novia, amiga y amante Karina. (Carta de Adriana Dayana Huebe Bahena)

Coyoacán, Ciudad de México

Hermes: ¿Sabías que Eros puede extraviarnos? Cuando miro al cielo veo el amor en tus ojos, espiándome entre las estrellas, y quisiera huir a la selva de la noche. Me llamas vanidosa porque conozco mi belleza celestial, mi juventud perene. Más que linda, soy una metáfora sensual. Me llamas presumida por mi estilo, por actuar como diosa paseando entre los astros, perseguida por tus cometas. Pasas desapercibido si no logras acercarte al cielo, frente a mí. Me llamas demonio, íncubo, demiurgo… soy sólo un espíritu. Dices fascinarte con el fuego sutil de mi cuerpo y no sabes… dentro de mí, hay tormentas de meteoritos candentes, ardores tempestuosos. No percibes las brasas del sol en mi desierto. Quieres ir junto a mí… Aunque te haga infeliz. Eres mi antítesis y me adoras; entiendo, al ser inaccesible a tu alma. Mis pechos y mi pelvis no satisfarán el mar de tu apetito.

Me llamas bella irresistible. Es cierto. Todos los hombres de mí se enamoran, pero también las mujeres. Nací sin rival alguno. Ellos sienten que soy una amante condenada y en verdad, los cautivos son ellos, de mí no hay correspondencia. Me creen su reina en celo. Excitante, les muestro lo mejor. Encuentran en mí la parte dividida de su alma. Luego, ya no sienten lo mismo. Los sentimientos se fermentan; los míos en vino, en dulce licor embriagante; los de ellos, en ácido veneno de resaca. Soy tu epifanía. Tú, un asteroide errante en mi galaxia. Pides mi fugaz brillo. Te doy mi desahogo. Eres mi amigo.

A pesar de ignorarte, giras cual satélite a mí alrededor. Entre todos los planetas, eres quien más me ama cuando miro al cielo. Sé que Eros te extravió, te perdió para vengarse. Porque un día yo le amé en su microcosmos eterno, para dejarlo luego. Así, me condenó a vagar entre el amor de los mortales sin capacidad de amar. Porque mató a mi corazón con una flecha cuando surcaba el viento.

(Marina Mercedes Prieto)

Huelva, Andalucía, España

15:30 de la tarde, no creo poder llegar a entenderlo. Cansada de escuchar los graznidos del mundo, mi cuerpo pide horizontalidad. Me tumbo sobre el mullido césped y miro el cielo. Al principio sólo son nubes, pájaros, insectos, aviones, el ruido de lo que viene y va. Luego vuelvo a ser niña, proyectando en el cielo mi colorido mundo interior. Cielo, sol y nubes son el escenario sobre el que discurren escenas no programadas por mi mente en duermevela. Así, como regalo del azar, veo pasar ante mis atentos ojos:

Bruja con escoba y gato... nada, nada, nada... elefantes gruñones vestidos con tutú... nada... un camión de bomberos... mi tía Ramona y su ligero sobrepeso... nada, nada... un barco encerrado en una botella... nada... manzana y plátanos (dos)... una cantante de jazz...una palmera de esas del desierto, nada... otro elefante (este sin tutú) nada, nada... una casita humeante en el bosque... nada, nada, nada, duermo.

(MARÍA MÁRQUEZ GENTO)

“EL BURRO DEL TÍO GASPAR,

FUE LLEVADO CON BUENA ESTAMPA A LA ENTRADA DEL FERIAL”...

Colmenar, Málaga, España

Parecerá un chiste torpe: Muy lejos de la realidad; pero fue cierto entonces en mi propia vecindad.

Aconteció un 13 de agosto, de un año del siglo XX -tan lejano-, que ya ni sé recordar. A la entrada de la feria del pueblo de Colmenar, bajo un cielo de estrellas -ansioso por madrugar-: se situó un buen hombre, por apellido Gaspar...

Era un labriego pobre, pero con ganas de triunfar y tuvo la idea sublime de atar jamones colgados de cuerdas largas, de las vigas de su pajar.

En su mente calenturienta, de tantas noches en vela, no dejaba de cavilar: la forma de hacerse de cuartos y, para hacer aquellas vigas temblar...

Se armó de una idea firme, contando con su horóscopo, que matizó en real y no fue otra: que la de poner a su burro histórico, -al pelo de buen jumento-, como estampa del ferial, en la fachada solana.

Se armó de grande hidalguía y hasta se llevó la silla de anea -aquella de su olivar- que, con tanto sufrido empeño, se entretuvo en fabricar, durante las tardes sombrías en el lagar de pisar.

Estuvo temprano en el sitio, antes de la boreal y con su ardí de buen compadre, pintó un letrero grande, o algo así, como descomunal: en el que decía bien claro: “CIEN DUROS APUESTO AL MOZO QUE HAGA AL BURRO REBUZNAR".

A media mañana, ya perdía un capital...

Estuvo ojeroso y triste, hasta las once -no más- y, nuevamente, con gran valentía: se quiso recuperar de aquellas pérdidas imprevistas, que nunca pudo imaginar.

Cambió el letrero entonces y no dejó de revirar, ideándose otra forma, más difícil de alcanzar.

Con un rotulador más grande, tachó lo de rebuznar y con más grueso calibre, fijó:

DOSCIENTOS DUROS ME APUESTO CON AQUÉL QUE HAGA REÍR AL BURRO".

Después de encomendarse a cien dioses, a mil soles y hasta al mar: llegó Frasquito Sarmientos, con cara de desleal y después de pocas palabras; aceptó la apuesta tal.

Se estrecharon hasta las manos, en prueba de conformidad y acercándose a la oreja del burro, muy quedo en su platicar, algo le dijo al oído, que el burro rio sin más; sorpresa se llevó el tal Gaspar viendo reír al burro, que casi se echó a temblar, al ver su hacienda menguada-. Más al mismo Frasquito retó, aumentando la apuesta al doble: si hacía al burro llorar.

Nuevamente se aceptaron, en apuesta tan cabal, y yéndose el tal Sarmiento a una esquina del soportal, dando la espalda al recinto y a la luz del sol tardío: se llevó el burro a la mira para a nadie más soliviantar-; se desabrochó la bragueta, para dejar a ese burro admirar y, quedó tan perplejo el pobre, que se le puso a llorar.

¡Ay Gasparete pobre!, iluso por creer en fáciles cuartos ganar, que fuiste por lana al torpe y saliste trasquilado...

(Autor: Francisco Molina Infantes)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

Alba, la presente carta, tal vez, llegará a sorprenderte. Es probable que ya no me recuerdes. O quizás me recuerdes mucho más de lo que yo creo: ya que el odio suele ser más obstinado que el amor. Siempre tengo en mente los años de nuestra mocedad: cuando más amor sentía por vos, me llegó la hora de partir; era para beneficio de mi porvenir y, como medité con sinceridad, sería, por carácter transitivo, en beneficio tuyo. Claro, nunca volví, ni siquiera una carta mía llegó a tus delicadas manos. Ni siquiera oí las voces en son de reclamo de los autores de mis días que tanto hipaban por vos. Sin embargo, al poco de mi desventurada partida, comencé a sentir una insistente y progresiva contrición que, a posteriori, alcanzó un viso crónico. Es más, desde unos años atrás, no hay noche que no salga al patio de mi casa a mirar al cielo.

Alba, no me avergüenza confesarte que: esa rutinaria práctica, no surgió de otra cosa que de pensar en vos; no solo con incisivas nostalgias, sino con contrición. Acaso no recuerdes con claridad el motivo que me incita a mirar al cielo. Con sumo respeto, voy a intentar recordártelo: un año antes de mi odiosa partida de nuestra patria chica, al caer la noche solíamos concurrir a la plaza mayor. Allí, sentados en uno de los despintados bancos de madera rústica, y cuando la cooperativa eléctrica nos restaba iluminación, yo, recuerda…, no vacilaba en arrullarte con palabras que me salían del alma. Ante ello, vos, para que yo no siguiera “avanzando”, me inquirías si era capaz de divisar un par de las 88 constelaciones. Sí, ora la Cruz del Sur, ora la Cruz del Norte…

Si me recuerdas sin odio, ruego que me contestes, dado que, ante nuestra mutua soledad, con mucho amor seré solamente tuyo: Rolando Aro.

(Juan José Retamar)

Chignahuapan, Puebla, 21 de octubre 2015

Querida Mamá:

Perdóname, perdóname por no ser la hija que tu mereces tener: una hija que sea una persona feliz. Yo sé que en estos últimos años te he mostrado a ti, y a los demás, un rostro que aparenta que estoy bien, pero la realidad es otra.

Cuando en la primaria me molestaban, tus consejos sirvieron para que yo fuera fuerte. En la secundaria, esos consejos se fueron haciendo borrosos. Deseaba que mirar al cielo me diera alguna esperanza para volver a sonreír, y mirar al sol que sobresalía en ese cielo extenso, me levantaba el ánimo para poder seguir luchando y poder sacar una sonrisa.

Pero con el paso del tiempo, se acabó aquel mundo. Ahora, en la preparatoria, me doy cuenta de que el mundo no era lo que yo creía. Solo vestía un disfraz que ocultaba el dolor, y que luego se transformaba en cortadas que recibía en el alma y en los brazos. Todo este tiempo he mirado, todas las noches, al cielo, y me he preguntado ¿seré suficientemente valiosa para ti y los demás? Lo pienso día tras día al despertar. Y al mirar ese cielo azul descubro una respuesta en la que: no soy lo suficiente para esta vida. Ya es tiempo de que cierre este ciclo de dolor, que despierte de esta pesadilla y pueda formar parte del cielo nocturno, y pueda ser una estrella para cuidarte y esperar para volverte a ver. Espero que la noche de mañana no llores y sufras por mi partida, sino al contrario, que seas alegre por mí, ya que estaré formando parte de algo grande y hermoso que el mundo podrá disfrutar.

Estaré en alguna parte donde pueda transmitir alegría y sorpresa a las demás personas, donde pueda dar lo que yo nunca pude transmitir aquí. No te sientas defraudada por esto, si no al contrario. Siéntete orgullosa por la madre que has sido.

Te mando un abrazo y un beso.

Yara (Yara Guadalupe Barranco Aguilar)

Aguascalientes, México

OMAR:

Un nuevo día y un nuevo amanecer, y al mirar el cielo sé que el mismo sol que estoy absorta admirando, lo viste tú también 8 horas atrás. Sin embargo, sé que cuando tú levantas la mirada al cielo, no solamente vez el sol por la mañana, ni la luna y las estrellas por la noche, se también los misiles que caen sobre las casas y los edificios, produciendo tal esplendor, que iluminan con horror el cielo de tu ciudad, y mis ojos se comienzan a llenar de agua, de esa agua salada que he probado, ya no una ni dos veces, sino muchas veces.

Al escuchar tus mensajes con el sonido de los aviones sobrevolando tu ciudad, de los aviones lanzando bombas, de los aviones matando seres humanos como tú y como yo, me duele, me duele el alma, y mi esperanza cada día se ve alimentada tan solo por ese pequeño puntito verde en mi Facebook que me indica que al menos, por hoy, una bomba no te ha matado, que al menos por un día más, das muestra de seguir vivo, y duele y cala no poder detener esa Guerra, y duele y cala no poder ir y sacarte de ese horror que en las noticias y en los medios nombran Guerra de Siria.

Algunos días sueño que te transformas en águila y vuelas hasta cruzar la frontera para convertirte después en el chico que eres, un chico con una alegre sonrisa y ojos expresivos, que desde hace un año conocí por internet, con sueños y esperanzas de un futuro mejor. Pero sé que, por el momento, eso solo es un sueño y lo único que me queda es esperar a que la guerra termine, o que tú logres salir sin que en el trayecto te recluten o te maten. Y aquí, en mi pecho, mi corazón late muy fuerte albergando la esperanza de que un día, puedas cambiar de status diciendo que ESTAS VOLANDO A MÉXICO para seguir estudiando, y que yo pueda finalmente mirar al cielo para ver el avión que te trae hasta este país, y correr a abrazarte y darte la bienvenida cuando aterrices en el aeropuerto. Ese será un día muy especial, que sigo esperando...

Con todo mi amor

TÚ MAMÁ MEXICANA, CLAUDIA MORA.

Socorro, Santander, Colombia, 21 de diciembre de 2016.

Mí querido Efraín:

Cuando yo me extasío viendo los planetas, las estrellas, el sol y la luna reflejada en el azul del cielo, mi alma se despierta, mi corazón palpita, mis ojos contemplan la belleza del cosmos en un amanecer lleno de luz y de amor.

Cuando miro hacia el cielo pienso en la grandeza del infinito, y que ahí está Dios. En su bello azul veo copos de nieve, que en mi imaginación van formando figuras. Creo que todos mis seres amados fallecidos están en el cielo: mis padres, tú, mi nieta Marthica, mi apreciada Marinita, mi querido Luis Hernán y aquellas personas que aún llevo en mi corazón, que hicieron parte de mi vida y me ayudaron a crecer como persona.

Te cuento que, en las aguas azules del mar profundo, diviso a mi barca viajera, que me espera para seguir mi viaje, y pienso en el poder de Dios, que nos creó con un propósito. A veces por las noches contemplo el cielo estrellado, observo al planeta Júpiter, a la diosa Venus, a Orión el cazador, a las tres Marías, a las siete que brillan y una estela de luces que titilan en el espeso firmamento, hasta que me sorprende lo más bello: el amanecer y los rayos del sol que alumbran la ilusión del tiempo. Me sueño despierta junto a ti, sin miedo al viento, ni a la tempestad, ni al mar de leva, sintiendo la fuerza que nos unirá otra vez: la magnitud y el amor de Dios.

- Semíramis (98 años de edad)